

Cuando un filósofo, un crítico de superior
 tes luces y más felix ingenio escrita su libro
 en buen hora se le obliga á entrar por el car-
 til de los métodos.
 Pero con perdon de los señores de esa for-
 malidad se cree por hoy dispensado el que es
 simplemente autor de unos ARTÍCULOS.
 Y á lo que será libro de oro aquel en que
 se trate indistintamente de la mujer, ex-
 tinuando todas sus condiciones físicas y mo-
 rales, y su alta influencia social, y lo que es
 en fin la mujer. Y lo que pudiera y debería
 ser. Gran libro aquel en que leyese cada
 ritad del género humano lo que puede y de-
 be ofrecer á la otra mitad.
 Intérnate esta obra no se haga, ó no se inter-
 te es en vano sujetar á las exigencias del
 método el simple conjunto de materiales que
 los á quienes recogidos para la más fácil re-
 lacion del libro.

mas que pocas se pueden arrancar una pl-
 ma de las alas del amor: para escribir la obra
 racion de la mujer es preciso mirar en sangre
 del alma que tal nombre da San Agustín á
 las lágrimas, esa pinta arrancada de las alas
 del amor.

CAPITULO PRIMERO.

LA EDUCACION.

I.

Pregunto: ¿tienen todas las mujeres igual carácter?

Respondo: de letra, sí.

Si el carácter de letra viene á ser una especie de retrato moral del individuo, conven- gamos en que las mujeres son simplemente copias de un mismo original: ese original se llama Eva.

Pero no habalamos del carácter de letra: habalamos del carácter sobre el cual, ó á favor del cual ejerce su vasto influjo la educacion.

Rectifiquemos: donde dice *ejerce*, léase *de- biera ejercer*.

Para escribir de la mujer, decia no sabe-

mos qué poeta, es preciso arrancar una pluma de las alas del amor: para escribir de la educación de la mujer es preciso mojar en sangre del alma, que tal nombre da San Agustín á las lágrimas, esa pluma arrancada de las alas del amor.

¡Carácter! ¿Y quién lo forma? ¿Y quién lo reforma?

Todas las mujeres son lo mismo: tienen razón los que lo creen.

Entre cada dos mujeres media un mundo: dicen verdad los que tal dicen.

La mujer es un sér indefinible, porque es un sér ineducado.

Su natural ternura produce la inconstancia; su natural debilidad produce el orgullo: la primera es su arma ofensiva; la segunda es su arma defensiva. Mientras la educación no la enseñe á usar convenientemente de esas armas, la infeliz mujer se expone todos los días á suicidarse con ellas.

La historia de la humanidad no podrá escribirse en tanto que la educación se limite á una parte de la humanidad.

El mundo no sabe todavía lo que es la mujer, porque la sociedad le cierra la boca desde que nace hasta que muere.

¿Qué aprende hoy la mujer como base de su educación? Aprende á falsificarse sin cesar, á no tener un sentimiento que no ahogue, una

opinión que no oculte, un pensamiento que no disfrace.

Confesemos que eso no es educación: eso es un verdadero estado excepcional; es un bloque intelectual que opone la humanidad vigorosa y robusta á la humanidad débil y mudable.

Todas las mujeres se parecen, son lo mismo.

Cierto: como se parecen todos los objetos en la oscuridad; como se parecen todos los sonidos para el sordo y todos los colores para el ciego.

Educadlas: desarrollad su carácter, formad y reformad sus inclinaciones; y la luz brotará para ahuyentar las tinieblas, y al punto los objetos dejarán de ser idénticos: dad oído al sordo, y los sonidos no le parecerán iguales: dad vista al ciego, y observareis cómo distinguen los colores.

Entre cada dos mujeres media un mundo.

Cierto: como puede mediar entre dos sonidos toda la escala cromática; como puede mediar entre dos temperamentos toda la naturaleza física.

Educadlas; dirigid sus instintos; soltad ó reprimid según convenga: modulad los sonidos; modificad, hasta donde es posible, los temperamentos, y percibireis muy luego la armonía, y lograreis quizá la simpática reciprocidad de caracteres opuestos.

Si la verdad y la bondad deben conside-

rarse como la sávia del árbol de la inteligencia y del árbol de la virtud, la educacion es el sol á cuyo influjo crecen y se desarrollan y dan precioso fruto.

La educacion es la vida.

II.

¡Cuántos errores se cometen á propósito de la educacion!

Descendamos á la observacion práctica: refirámonos desde luego á la actual sociedad.

La mayor parte de las gentes confunde la educacion con la instruccion.

Es un error gravísimo.

Hay hombres instruidos que están muy mal educados: hay, por el contrario, muchos ignorantes que cautivan por su *buen educacion*. Apelamos á la experiencia diaria.

Entre un sabio *sin formas sociales* y un ignorante humilde y cortés, es mil veces preferible el ignorante.

La *educacion* es de más importancia que la *instruccion*.

La primera se dirige principalmente al corazon; la segunda á la inteligencia.

Eduquemos á las mujeres, é instruyámonas despues, si queda tiempo.

Y decimos esto, porque la mujer há me-

nester educacion especial en los diversos estados de la vida.

La escuela de madres de familia, ensayada no há muchos años por un insigne español, es uno de los pensamientos más grandiosos que pueden concebirse y realizarse en bien de la humanidad.

Porque, como ha dicho un gran escritor, educar á un hombre es formar un individuo que tal vez no deja nada tras de sí; educar á una mujer es formar las generaciones que están por venir.

Y sin embargo, en España, ó se confia las niñas á la direccion incierta de institutoras advenedizas, ó las educa cada madre segun la *suya le enseñó*, y á salga lo que saliere.

De donde se deduce que en punto á educacion femenil reina el empirismo más absoluto, sólo como si dijéramos, el más bello desorden.

La humanidad progresa á medias. La educacion de la mujer á la mitad corrida del siglo XIX apenas puede compararse con la que se daba y recibia á la mitad del siglo XVII, en la época de las dueñas taimadas y de los pajes ladinos; no obstante, hoy, como entonces, se procede en la educacion por una serie de engaños.

La *niña* aprende á disimular, y enseña más tarde á la mujer á *engañar*.

Aprende á afectar silencio, y ese germen de

afectacion produce luego el amargo fruto de la locuacidad.

Aprende á estimar en mucho sus dotes de hermosura y su condicion de mujer; y esa ciencia peligrosísima trae por legítimos corolarios el orgullo y la coquetería, la frivolidad y la inconstancia.

Se dice á los jóvenes que valen mucho, y no se les dice cuánto.

Se las avisa de que hay grandes riesgos en la sociedad, y por todas armas se les entrega una coleccion de novelas y un caudal de frases más ó menos castizas y aceptables. Así entran de ordinario en el gran mundo las que van á ser madres de familia y á formar el corazon de otros seres quizá más desgraciados que ellas mismas.

La nube de lisonjas que rodeó á la *niña*, oscurece la atmósfera y turba la vista de la *mujer*.

La flor de su cabeza ó el adorno de su cuello importan más á sus ojos que los pesadísimos libros de historia y los indigestos de geografía. Tal vez á los diez y siete años de edad juzga ya el matrimonio como un paso muy razonable y en extremo sencillo. Tal vez tiene accesos de melancolía, y aun en algunos momentos le fastidia la existencia.

Esa edad puede considerarse como la zona tórrida en la esfera de la vida. ¡Dichosos los que la cruzan con felicidad!

III.

Poco puede esperarse de un país en donde cada marido tiene que educar á su consorte; en donde apenas se distinguen de ordinario la carta escrita por una dama de tono y la carta escrita por la última de sus servidoras.

El célebre economista Say ha dicho, y con justicia, que por la educacion de las mujeres debe empezar la de los hombres: igual principio se ha defendido tambien por el sábio Mirabeau.

Esto prueba que en los tiempos de Say y de Mirabeau no estaba mucho más floreciente que hoy la educacion de la mitad más bella de la juventud.

La humanidad es siempre la misma. El hombre, fisica y moralmente, excede en fuerza y vigor á la mujer; y allí donde está el exceso de fuerza, está asimismo el riesgo de la opresion: la superioridad en este caso toca ya con la frontera de la tiranía.

Es más noble, más delicado y más justo que el hombre *eduque*, que no que el hombre *avasalle* á la mujer.

Si es rey de la naturaleza, no olvide que la mujer es la reina: No olvide que la mujer fué su madre, y que es ó ha de ser la madre de sus hijos.

Entre una mujer *sin educar* y una mujer

mal educada, la primera no puede hacer *el bien*; la segunda hará irremisiblemente *el mal*.

La mujer que el mundo llama despreocupada, y el diccionario incrédula, se nos figura un ser inverosímil, absurdo, la negación de sí mismo.

Este tipo no debe existir: si existe, que lo dudamos, será solo una manifestación lamentable, una fórmula de *la mala educación*.

Al tratarse de la educación de las mujeres, caminamos de anomalía en anomalía.

Cuanto más el hombre abandona ese punto importantísimo de la vida social, más crecen sus exigencias, más rigorista, más inflexible se muestra.

Si se proporcionasen á las mujeres los medios de adquirir la milésima parte de las dotes morales que en ellas se reclaman cada día, ménos lúgubres fueran hoy nuestras apreciaciones.

Examinemos rápidamente:

No se las ha enseñado á soportar un contratiempo ni á privarse de un capricho, y se quiere que tengan la condición apacible y tranquila.

No se las ha enseñado á obedecer, y se extraña que no sean altivas.

Se han ponderado constantemente sus gracias y exagerado sus perfecciones, y se lleva á mal que sean orgullosas.

Se las ha hecho apartar de los pobres y de

los desvalidos por miedo de que ensucien sus vestidos, y se anhela que sean caritativas.

Se les ha dicho que casarse es tomar marido, y se critica que se apresuren á aceptarlo.

Se les ha descrito con negros colores la perfidia de los hombres y la emulación de las mujeres, y se deplora que sean egoistas.

Se las ha educado, en fin, á lo mujer, y se siente que lo sean.

¡Oh! ¡Cuándo se convencerán los padres de que la carrera de *madres de familia* que deben dar á sus hijas es más larga, más costosa y más difícil que la carrera de abogado, de médico ó de ingeniero que proporcionan á sus hijos!!!

Porque al decir *educación*, no queremos decir en absoluto *enseñanza*.

Si educar es preparar convenientemente para la vida ulterior, prepárese á la niña para ser mujer y no para ser hombre; para no ser autómatas, ni ser desdichadamente una figura de teatro; cultívense al mismo tiempo su cabeza y su corazón, su inteligencia y sus afectos.

Con la lectura excitaís su curiosidad, con el baile y la gimnástica ajilizaís su cuerpo, con la historia y las lenguas nutrís su cerebro: ¿cuándo ni cómo despertáis su alma?

El alma permanece como dormida.

La sociedad actual vive de lo *presente*, y parece como que educa para lo presente; el

dia que eduque para lo porvenir, quedará resuelto el gran problema de la educacion, formulado ántes de ahora en esta profunda frase: infundir y fortificar en la mujer una virtud ilustrada más poderosa que los infortunios que la esperan y más dulce y arrebatadora que las seducciones que la amenazan.

Tiene mucha razon un gran poeta filósofo de nuestros dias, cuando dice que la ignorancia es la orfandad del alma, y la educacion una verdadera trasfiguracion, un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple el organismo de la naturaleza.

¡Que no olviden los padres esta máxima; que no la olviden tampoco los gobiernos, á quienes toca proteger asiduamente los verdaderos y legítimos progresos de la civilizacion.

Padres y gobiernos procuren sembrar ántes que todo el germen de la virtud: del corazon á la inteligencia es más fácil el camino, que de la inteligencia al corazon.

CAPITULO SEGUNDO.

LA MODESTIA.

I.

La modestia es el primero y más sazonado fruto de cuantos puede producir la buena educacion.

El principal secreto de la educacion no consiste en formar mujeres sábias: debe consistir en formar mujeres modestas.

La modestia (*modus standi in re*) es una virtud que tiene saludable aplicacion en todos los actos, en todos los estados, y en todas las circunstancias de la vida; es el único fondo sobre el cual resaltan con todas sus perfecciones la imágen de la hermosura y la imágen del talento.

La modestia supone bondad y regularidad

en los pensamientos y en las acciones: es el amor de todo lo conveniente y verdadero: es la humanidad, la caridad, la justicia: prescindamos de la modestia, y habremos franqueado la entrada á los vicios y la salida á las virtudes.

Consecuencia inmediata de la modestia es el aprecio de los merecimientos ajenos y el menosprecio de los propios: así que la modestia puede considerarse como un antejo del alma, de tal manera dispuesto, que abulta los objetos distantes y hace casi imperceptibles los más próximos.

Sin embargo, este efecto es meramente óptico; pues la verdadera modestia, que al parecer achica á los grandes, engrandece realmente á los pequeños.

La modestia da realce y dignidad á su semblante varonil; pero es de mayor precio si se retrata en una mirada tranquila y honesta, en una boca por donde vaga la sonrisa de la inocencia, y en unas mejillas que tiñe el carmin infalsificable del pudor.

La modestia, que en los hombres brota de la educacion, en las mujeres brota del instinto. Si el amor es el milagro de la civilizacion, la modestia es el milagro de la sociedad.

Contra la modestia de los hombres conspiran los otros hombres: contra la modestia de las mujeres conspiran los defectos de otras mujeres y la adulacion de los hombres.

La llamada galantería es el mar donde naufraga de ordinario la modestia, poniendo en grave riesgo la honestidad; las lisonjas indiscretas son disparos de bala rasa que destruyen la amable ignorancia en que descansa aquella virtud.

Para que así no suceda, es preciso que la modestia se considere como un producto de la organizacion: en este caso es á las mujeres lo que el valor á los hombres; un triunfo continuo.

La modestia no es la humillacion; pero está tocando con la humildad.

La modestia no es el velo de la inaccion; el pretexto de la pereza: hay circunstancias en que es hecho vencer la modestia; perderla, nunca.

Cuentan los mitologistas que, asignado en el Olimpo el lugar que habia de tener cada pasion y cada virtud, quedó *desalojada* la modestia; y como se quejase ante el padre de los dioses, "tú, le dijo, vivirás con todas; á todas acompañarás."

Despréndese de esta fábula que, si no era generalmente practicada, era á lo menos estimada la modestia entre los pueblos de la antigüedad.

Hoy que la modestia brilla esclarecida por el rayo de luz del cristianismo, tiene mayores títulos á la estimación: la modestia está tocando con la *humildad*: y la humildad es una gran virtud, virtud que prepara el alma para todas las virtudes.

La belleza puede producir admiración. La virtud es el único germen vigoroso de la simpatía.

Y la modestia es una virtud: y la simpatía es la magnífica portada del amor.

El amor sin la modestia es fuego que puede abrasar y desaparecer: el amor acompañado de la modestia es fuego que vivifica y nunca desaparece.

Amad *modestamente*, y os amarán siempre.

La modestia no es el olvido del buen nombre; pues, como dice San Francisco de Sales, la caridad quiere y la humildad permite que aquel se conserve con esmero.

Lo que la modestia debe olvidar es el camino por donde se llega á las fútiles alabanzas y á las glorias pasajeras; lo que la modestia olvida es el valor de los atractivos propios, de los encantos de fuera; lo que la modestia olvida es la lisonja muda del espejo y la lisonja audaz de los seductores; lo que la modestia olvida es lo que el individuo *es*, para recordar solamente lo que el individuo *debe ser*.

Hablemos á las mujeres con sinceridad desde sus más tiernos años; acostrumbrémoslas á

la buena fé; huyamos de todas las exageraciones, y la modestia prosperará. La sociedad moderna elogia hasta el entusiasmo la modestia de las mujeres, y trabaja hasta la desesperación por destruirla.

No parece sino que la modestia es una enfermedad, y que tan pronto como la descubrimos en una mujer, nos apresuramos á curarla de ella.

¡Error deplorable! La modestia es un encanto duradero que suplía ó duplica los encantos efímeros de la hermosura.

III.

La modestia de las mujeres ¿es el disimulo? El moderno escepticismo ha sentado esta horrible máxima: el mundo es un carnaval perpétuo; el vicio se disfraza de virtud, el egoismo de desinterés, la perfidia de lealtad, el orgullo de modestia.

Para el moderno escepticismo la modestia es el velo de la vanidad y de la altanería.

Pero esa filosofía de los escépticos es el vasto cementerio de todas las verdades y aun de todas las ilusiones: en su recinto crece sólo la planta sombría de la negación.

En medio del camino que separa la verdad de la mentira, se encuentra el disimulo; el di-

simulo toca, pues, la frontera de la mentira; y la modestia es la verdad.

En el momento en que no sea verdad la modestia, degenera en hipocresía.

En el momento en que una mujer modesta sabe que lo es, deja de serlo.

La modestia afectada es la más intencional de todas las vanidades, siquiera sea, como dice un autor, la más decente de todas las mentiras.

Hay modestia de las palabras y modestia del corazón: la primera es *arte*, la segunda *virtud*.

No hay nada más orgulloso que la afabilidad del orgullo.

Un escritor lo ha consignado, y á fé que es una gran verdad.

El orgullo que habla el lenguaje de la modestia, ó *se burla* al humillarse, ó *se digna* humillarse: lo primero es *bajeza*; lo segundo *insulto*.

¿Es inmodestia la alabanza propia?

Así lo cree el vulgo; pero no es así; la modestia supone un vicio del espíritu; y la alabanza propia supone simplemente una debilidad del cerebro.

IV.

La modestia de las mujeres, ¿es la reserva?

No lo es; pero se le parece mucho.

La reserva puede considerarse como una piedra miliaria que mira á dos caminos: en un lado tiene escrita esta palabra: *desconfianza*; en el lado opuesto tiene escrita esta otra: *prudencia*.

Entre la reserva y la mentira, optamos por la reserva.

No opinaba lord Byron de esta suerte; mienten las mujeres con tanta gracia, decia, que nada les está mejor que la mentira.

Lord Byron era un gran poeta satírico.

La reserva tiene puntos de contacto con la *desconfianza*.

Adviértase que la *desconfianza* puede entenderse ó de sí propio ó de los demás.

La reserva que en efecto se parece á la modestia, es la que resulta de la *desconfianza* de sí propio.

La reserva más mezquinamente orgullosa es la que se funda en la *desconfianza* respecto á los demás.

Entre todos los defectos que puedan atribuirse á la mujer, ninguno nos sorprende menos que esa reserva mezquinamente orgullosa.

La mujer calla, ó tal vez finge, porque *desconfia*: no debemos los hombres entrar en la indagacion de por qué *desconfia*: seria tirar piedras á nuestro tejado, y es de vidrio.

Como dice perfectamente Bernardino de

tor ignoramos: "La mujer finge más que miente; el hombre miente más que finge."

Para nosotros el hombre y la mujer mienten lo que fingen, y fingen lo que mienten.

Hay, sin embargo, esta diferencia; la mujer *finge* alguna vez que da crédito á la pasión que el hombre le *miente*; pero el hombre *miente* con más frecuencia que corresponde á la pasión que la mujer le *finge*.

La reserva tiene puntos de contacto con la *prudencia*; por este camino se llega ántes á la modestia que por la *desconfianza*; no porque sea más corto, sino porque es más llano y expedito.

Concluyamos.
La modestia no puede consistir nunca en la mentira, ni aún en la mentira de los propios merecimientos.

Esa mentira está muy cerca de la vanidad. La vanidad, ha dicho Fontenelle, es el amor propio al descubierto, como la modestia suele ser el amor propio que se esconde.

La modestia no es la afectación de la humildad, de esa humildad soberbia, mentira insignificante que engaña á los hombres y quiere engañar á Dios.

La modestia no es el disimulo, disfraz de encontrados sentimientos; pena que sonríe, ó placer que llora.

La modestia no es la reserva, especie de

pedra miliaria que mira por opuestos lados á la desconfianza y á la prudencia.

Hé aquí la modestia explicada en muy sencillas palabras, por un gran santo y asceta ya citado.

"Si bajais los ojos, humillad también el espíritu; cuando mostreis querer el último lugar, deseadlo de corazón."

EL ORGULLO.

Por qué en pos de la educación y la modestia damos cabida al orgullo?

Porque lo manda la lógica.

Es el orgullo un elemento tan sutil como el aire; tan sutil que penetra en cualquier frecuencia en las regiones del alma; por la puerta de oro que podemos llamar modestia.

Cuando esa puerta está abierta, el orgullo no es aire; es horacah; y como de esa puerta sólo la educación tiene la llave, de ahí que procedamos en estos capítulos como del antecedente á su consecuencia, como de la causa á su efecto.